

BIBLIOTECA LIGERA
PARA USO
DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

LXV

Pero ¿hay de veras
purgatorio?



Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

TERCERA EDICION.

Es propiedad.

OPUSCULOS DEL MISMO AUTOR.

A una señora... y á muchas, 30 cénts. de real. — Casa y casino, 40 id. — El clero y el pueblo, 80 id. — La chimenea y el campanario, 70 id. — Cosas del día, 70 id. — Los desheredados, 30 id. — El dogma mas consolador, 50 id. — El dinero de los católicos, 1 real. — Las diversiones y la moral, 1'50 id. — El espiritu parroquial, 1 real. — Los malos periódicos, 30 cénts. — Manual del Apostolado de la prensa, 80 id. — Mes del Sagrado Corazon de Jesús, 1'50 real. — Nimiedades católicas, 40 cénts. — Octavario a Cristo resucitado, 50 id. — Devoto Octavario al dulce Niño de Belen, 80 id. — ¿Para qué sirven las monjas? 70 id. — ¿Pobres espiritistas! 60 id. — ¿Qué falta hacen los frailes? 60 id. — ¿Qué hay sobre el espiritismo? 70 id. — Ricos y pobres, 50 id. — La voz de la Cuaresma, 40 id. — Los frailes de vuelta, 50 id. — Montserrat, 2 rs. — Devoto novenario á Maria en su Asuncion, 50 cénts. — Bien ¿y qué? 60 id.

LECCIONES DE TEOLOGIA POPULAR. — I, La Biblia y el pueblo, 24 cénts de real; II, Ayunos y abstinencias: La Bula, 24 id.; III, El matrimonio civil, 34 id.; IV, El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad, 36 id.; V, El purgatorio y los sufragios, 30 id.; IV, El culto de San José, 40 id.; VII, El culto de Maria, 30 id.; VIII, El protestantismo, 80 id.; IX, El culto é invocacion de los Santos, 32 id.; X, efectos canónicos del matrimonio civil, 40 id.; XI, Misterio de la Inmaculada Concepcion, 24 id.; XII, El púlpito y el confesionario, 50 id.; XIII, El Padre nuestro 50 id.; XIV, Las penas del infierno, 60 id.

R. 3531129

~~~~~ 12  
65540  
PERO ¿HAY DE VERAS PURGATORIO?

~~~~~

Sí, amigo mio; y tanto, que ó hay purgatorio ó no hay Dios.

—¡Extraña disyuntiva!

—Ni más ni menos; como suena.

—Vamos á ver: desarrollad un poco vuestra argumentacion.

—Voy á hacerlo muy sencillamente. ¿Creeis en la existencia de Dios?

—Sí, francamente: que á tanto como al ateísmo no llega mi despreocupacion.

—Por consecuencia ¿creeis en un Dios justo?

—Claro, pues si no fuera justo ya no fuera perfecto, y si no fuera la perfeccion misma ya no fuera Dios.

—Bravísimo: contestais como un libro. Mas decid. Este Dios justo, para serlo ha de dar á cada cual su merecido: ¿no es verdad?

—Cierto, porque en eso está la justicia, en que se dé á cual lo que le toca: premio al bueno y castigo al criminal.

—Muy bien; y tanto es así, que en eso funda la razon humana (además de saberlo por la Revelacion) la existencia de los premios y castigos de la otra vida, ó sea, hablando en cristiano, la existencia del cielo y del infierno.

—Todo esto es verdadero, pero permitidme que os diga que no sé á dónde vais á parar con tales preámbulos. Que haya cielo ó infierno se concibe al fin como muy propio de la divina justicia, que por ser tal es evidente que no puede dejar sin castigo tanta mal-

dad como reina triunfante en el mundo, ó sin premio tanta virtud como vive en él avergonzada y tal vez oprimida. Que, pues no hay tales premios ó castigos en esta vida, los ha de haber en la otra, es lógico y natural, ó no hay justicia ni siquiera en Dios, lo cual es absurdo sobre ser blasfemo. Pero no acierto á ver de dónde sale la necesidad de ese estado intermedio al que se llama por los católicos purgatorio, y mil veces me he inclinado á creer que es creencia menos fundada, ó tal vez simple supersticion que abominan muy justamente los protestantes.

—Perfectamente, amigo. Ahora me daréis igual permiso para que entre yo y con igual holgura desenvuelva mi demostracion.

—La aguardo.

—¿Queda explicada suficientemente

la justicia de Dios con que haya en la otra vida premios para el justo que muere en gracia de Dios y castigos para el criminal que muere en su pecado?

—Yo entiendo que sí.

—Dispensad, amigo: yo entiendo que nó. Quedaria explicada la justicia de Dios con tales castigos *absolutos* y con tales premios *absolutos*, si los hombres muriesen siempre *absolutamente* buenos ó *absolutamente* malos. Más claro. No habria necesidad de un estado intermedio si en la conducta de los hombres no hubiese tambien matices ó intermedios.

—A fe que no os acabo de comprender.

—Me explicaré. ¿Creeis que todo hombre ó mujer que muere, muere perfectamente bueno ó rematadamente malo? ¿Vuestra madre, por ejemplo,

que murió años atrás, era al morir pura como un ángel del cielo ó malvada como un réprobo del infierno?

—Nó, por Dios; que infinitos hay que no son del todo buenos sin que por eso lleguen á ser del todo malos. Buena era mi madre, pero...

—Este *pero* resuelve toda la dificultad. Porque decid: Esos que mueren sin ser del todo buenos, si mueren así, ¿han de ir de corrida al cielo? Y esos que no llegan á ser del todo malos, ¿han de ser lanzados de rondón al infierno? ¿Habria de esta suerte justicia de Dios?

—Comprendo á donde va el argumento.

—Pues está claro. Hay almas que al salir de esta vida no son todo lo puras que se requiere para disfrutar acto continuo de Dios, que sólo admite á su lado almas sin mancha. ¿Las condena-

réis á penas eternas por este estado de relativa imperfeccion en que se encuentran? Es, pues, necesario un lugar de castigos relativamente leves donde se paguen y se extingan las deudas leves, y este lugar es el que enseña el Catolicismo con el nombre de *purgatorio*, que significa sitio de purificacion. Y lo enseñan las Sagradas Escrituras en distintos lugares, y lo han creído en todos los siglos los fieles, y lo manda creer formalmente la Iglesia en su profesion de fe ordenada por el Concilio Tridentino.

—Pero, decid: esta desigualdad de castigos, exigida (es claro) por la desigualdad de las conciencias al presentarse delante de Dios, ¿no podria existir sin necesidad de admitir el purgatorio?

—¿Cómo?

—Suponiendo que las penas del in-

fierno son más ó menos leves ó graves segun las culpas graves ó leves del alma á quien Dios quiere castigar allí. Así se salva la justicia divina sin necesidad de admitir esa quisicosa del purgatorio, y cae por tierra vuestra argumentacion.

—¡Válgaos Dios, amigo mio! Voy á contestaros cumplidamente. Estas penas del infierno que quisiérais vos graduar segun las faltas, ó se suponen penas eternas ó temporales. Si son eternas no pueden, por ligeras que sean, ser castigo de culpas leves, porque cualquier castigo, por pequeño que sea, sale gravísimo si se le aplica por toda la eternidad; y aunque no hubiese más en él que la eterna privacion de la gloria, esto solo constituiria castigo desproporcionado á las leves faltas y deudas de que aquí se trata. Si se supone que á faltas leves no se apli-

carán en el infierno penas eternas y si tan sólo temporales, entonces ya tenemos el purgatorio tal como lo enseña la Iglesia, sin más que cambiarle el nombre. En tanto es así que algunos santos Padres han llegado á suponer que el purgatorio es el mismo lugar y el mismo fuego del infierno, salva la eterna duracion. Con que ya veis, admitid el dogma del purgatorio tal como lo propone el Catolicismo, y no querais, por vida vuestra, enmendarle la plana á Dios.

Demos un paso más.

Os he presentado este dogma como basado en la infinita justicia de Dios. Ahora advierto que más bien debí ofrecéroslo fundado en su infinita misericordia.

—Os comprendo menos.

—Vais á comprenderme luego sin dificultad. Suponed que no hay tal lugar intermedio entre el cielo y el infierno.

—Admitida la suposicion.

—Consecuencia primera. Si esta suposicion se admite, no hay modo apenas de que llegue á gozar de Dios alguno de los mortales. ¿Cómo, en efecto, es posible (moralmente hablando) vivir y morir de tal suerte, que ni una sola de las manchas del mundo haya empañado la limpieza de nuestra alma? Si sólo los enteramente limpios se han de salvar, si no hay medio de limpiarse ó purificarse después de esta vida, ¿cuál es la suerte de los que mueren cada dia en estado de mayor ó menor reato? Tenemos, pues, que sin el purgatorio seria poco menos que insensatez confiar en la salvacion. El purgatorio es el que me da la seguridad de

que, sean cuales fueren mis faltas y deudas, como no muera en pecado mortal, quédame aún después de esta vida tiempo de expiacion y purificacion. Es una como próroga de plazos que le concede el Acreedor divino á su atrasado deudor.

—Ciertísimo. Viene á ser un suplemento á la cortedad de la vida.

—Exacto, y por tanto bondad pura de Dios, pura misericordia.

—Es realmente un aspecto nuevo de la cuestion.

—Consecuencia segunda. Suponed que no hay purgatorio. ¡En qué cruel incertidumbre no nos deja la muerte acerca la suerte definitiva de las personas queridas que hemos visto morir! Ha muerto mi madre ó mi hermano. No eran criminales, es verdad, pero tampoco carecian de innumerables faltas; que en poco ó en mucho quebran-

tamos todos la ley de Dios. Negligencias culpables, vanas condescendencias, necios respetos humanos, poca conformidad, reprensibles extremos á que conduce la pasión, etc., etc. Han muerto así, con tales cuentas pendientes ante Su Divina Majestad. No serán admitidos al goce de Dios sino los que completamente las han saldado, *usque ad novissimum quadrantem*, que dice el Evangelio; hasta un céntimo. Si no hay lugar después de la muerte para tales saldos, el error protestante me obliga á creer que mi padre ó mi hermano se han eternamente perdido! No así, creyendo en el purgatorio. Con él ni de los más endurecidos criminales debo desconfiar. Un solo movimiento del corazón en el último instante pudo reconciliarlos con Dios; un acto interior de amoroso arrepentimiento, un ferviente deseo de confesión. Lo de-

más lo pagarán tal vez en el purgatorio. Así discurre el fiel católico apoyado en la suavísima doctrina de la expiacion y purificacion después de la muerte. Decid ahora : sobre ser la más conforme á razon, ¿cuál es la más acomodada á los humanos sentimientos, la doctrina protestante que niega el purgatorio, ó la católica que me manda creer en él? ¿Con cuál de las dos resultan más perfectamente equilibrados, digámoslo así, los derechos de la justicia de Dios, con los de su infinita misericordia? Resolvedme, si podeis, de un modo más concluyente el problema, y os concedo el triunfo en esta discusion.

¿Pero qué? Si hasta los mismos protestantes empiezan á conocer hoy dia este lado flaco de su sistema. Escuchemos su voto, que es el mejor.

«La mayor parte de los que mueren, dice el protestante Hase, son demasiado buenos para el infierno, pero no es menos cierto que son demasiado malos para el cielo. Se debe, pues, rotundamente confesar que respecto á esto existe cierta oscuridad en la doctrina protestante.» (Hase. *Polémica protestante*, 1864).

«Ninguna alma, dice el protestante Marteusen, ha alcanzado el estado de consumacion perfecta cuando abandona este mundo; por lo cual es preciso admitir un estado intermediario en donde el alma acaba de purificarse para el juicio final. Aunque se haya rechazado la doctrina católica acerca del purgatorio, sin embargo tiene alguna cosa de verdad.» (Marteusen. *Dogmática*).

En una consulta de la Iglesia evangélica de Silesia (Breslau, 1862) se con-

firma terminantemente que los antiguos teólogos protestantes no condenaron más que las oraciones solemnes y públicas por los muertos, pero que jamás prohibieron á los fieles rogar por los miembros difuntos de sus familias.

En la Apología de la Confesion de Ausburgo (párrafo 33) se lee: «Sabemos que los antiguos han hablado de la oracion por los difuntos, y nosotros no la impedimos.»

Burnet, obispo protestante de Salzburgo, afirma que hasta el tiempo de Eduardo VI, hijo y sucesor de Enrique VIII, recomendaban los anglicanos las almas de los difuntos á la infinita misericordia de Dios.

El mismo protestante Grocio asegura, que era universal entre los judíos la costumbre de orar por los muertos, y Leibnitz, protestante tambien, admi-

te igualmente un estado de expiacion después de la muerte, y recomienda la oracion en sufragio de los difuntos (1).

Pero ¡qué más, amigo mio! desde que desgraciadamente hay protestantes, casi todos extranjeros, en algunas ciudades de España, es cosa fácil averiguar y ver cómo celebran ellos sus entierros. Ahora bien. Veréis que al dar sepultura á uno de sus sectarios, el llamado pastor saca su libro y reza sus salmos y dirige sus preces al cielo. ¿Por quién ora aquel hereje si su secta le manda creer que no hay purgatorio? Porque si no hay purgatorio, es decir, si aquella alma por quien ora

(1) Tomamos estos datos del interesante libro *El Purgatorio y la devocion á las benditas almas*, por el P. Fr. José Coll, menor observante. (Madrid, 1879). Se halla tambien en la *Tipografia católica*.

está ya para siempre en el cielo ó para siempre en el infierno, es evidente que ninguna oracion le ha de aprovechar. ¿Qué tal?

—Es gracioso, en efecto.

—Creed, pues, amigo mio, en el purgatorio como mandan creer, no los curas y los frailes, sino Cristo y su Iglesia. Y pedid luego á Dios os conceda la dicha de pasar algun tiempo (el menos posible) allá.

—¿Y nada me decís de los sufragios?

—En esto no podemos ya ocuparnos hoy, y será preciso dejarlo para el opúsculo siguiente.

A. M. D. G.

BIBLIOTECA LIGERA.

Números publicados.

1. ¿Hablemos de religion?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay ó no hay Dios?—4. La razon de la sinrazon.—5. ¿Si seré yo algo mas que un bruto animal?—6. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—8. Los amigos del pueblo.—9. ¿Y si hay?—10. ¡A confesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal.—13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me habla V. del Papa.—16. Padre nuestro, Ave Maria y Gloria.—17. ¿Y cómo no hay ahora milagros?—18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad.—21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio.—23. Infierno y gloria.—24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno si, pero no beato.—27. Honrado, y esto basta.—28. Dios no se mete en eso.—29. ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—30. Dios quiere el corazon.—31. ¡Todos somos iguales!—32. Mas trabajo y menos fiestas.—33. ¿Qué dirán!—34. ¡Dad al Papa!—35. Pero ¿de veras os parece que hemos de resucitar?—36. ¡Calla, blasfemo!—37. Lo de Lourdes.—38. ¡A veces hasta duda uno si hay Providencia!—39. ¡Pobre de mi... no tengo tiempo!—40. ¿Y por qué no he de leer yo todo lo que quiero?—41. Esos curas... por todo piden dinero.—42. Bien y la cuestion social.—43. Principio y fundamento.—44. Lo que se va y lo que se viene.—45. Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—46. A vela y remo.—47. ¡Las fiestas! ¡Las fiestas!—48. ¡Tolerantes é intolerantes!—49. Terquedades católicas.—50. ¡Nó, no prevaleceran!—51. ¿Religion? ¡A los curas con ese embrollo!—52. Pero, ¿cómo puede ser lo de la Eucaristia?—53. Los frailes holgazanes.—54. Historia contemporánea.—55. ¡Se va á espantar el enfermo si le hablan de Sacramentos!—56. La librería de mi amigo.—57. Corazones partidos.—58. ¿Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos.—59. Vamos andando.—

60. Los pocos y los muchos. — 61. Ganar para la vejez. — 62. Poncio Pilatos. — 63. Mira que te mira Dios. — 64. El santo Rosario. — 65. Y ¿hay de veras purgatorio? — 66. Cariño más allá de la tumba. — 67. Celestial compañero. — 68. Ni fe sin obras, ni obras sin fe. — 69. La santa Inquisición. — 70. ¿Los curas? ¡Bah! son hombres como nosotros. — 71. Cuentas galanas. — 72. El secreto del bien morir. — 73. ¡Eternidad! ¡Eternidad! — 74. Higiene espiritual. — 75. María, Madre de Dios. — 76. La casa-iglesia y la casa-club. — 77. Escuelas laicas, es decir, impías. — 78. El Sagrado Corazón. — 79. El secreto de la escuela laica. — 80. Vivos y muertos, ó ¿cuándo se nace de veras? — 81. Piezas para un proceso. — 82. Las tres mentiras de la enseñanza laica. — 83. ¿Romerías? ¿qué se saca de eso? — 84. Modos de tener religión que equivalen a no tenerla. — 85. No estoy por tanto lujo en las iglesias: Cristo fué pobre. — 86. Con qué ¿nos vamos? — 87. Criterio seguro... y único. — 88. La casa de la eternidad. — 89. El bu del jesuitismo. — 90. ¿Tanto mal es el pecado? — 91. Mas sobre el jesuitismo. — 92. El pecado cristiano. — 93. La más justificada justicia. — 94. El combate de la vida. — 95. El triunfo de la fe. — 96. La vejez del incrédulo. — 97. ¡Esos teatros! — 98. El crimen de muchos hombres de bien. — 99. Ricos muy pobres. — 100. Ad maiorem Dei gloriam.

Los libritos de esta *Biblioteca* se venden en la *Librería y Tipografía católica* de Barcelona á los precios siguientes:

Un ejemplar, 2 cuartos; docena de un mismo número, 2 rs.; centenar de id., 16 rs.; quinientos de id., 75 rs.; mil de id., 140 rs.

La coleccion de los 100 números publicados vale 16 rs. No se hace otro descuento.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.